





CON LAS ALAS ROTAS



Francisco Sández

CON LAS ALAS ROTAS



Primera edición: julio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Sáñez

ISBN: 978-84-17362-72-0

ISBN digital: 978-84-17362-73-7

Depósito legal: M-15724-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi hija, luz de mi vida
y para Dani,
que tiene un poco de Jaqueline
y un poco de Giovanni,
pero que siempre es ella misma.*



I

«Un águila...—pensó Giovanni al tiempo que el ave volaba majestuosamente—...es el animal que me gustaría ser», finalizó bajando la mirada, estaba sentado al lado de un río de aguas tranquilas. Los anaranjados destellos del sol apenas se distinguían entre las amarillentas hojas de los altos árboles. Tenía a su lado un bote con pedazos de pan que usaba como improvisada carnada. Sólo observaba el pasar del agua al sonoro canto de las cercanas aves.

Su madre había muerto de cáncer hacía ya poco más de tres años. La extrañaba y no quería dejarla ir, no deseaba superar su pérdida. En su memoria solo habitaba la nostalgia de los recuerdos, las trivialidades del hogar y su trabajo que jamás volvería a ver.

Habitaba en un mundo interno rechazando todo cambio, nadie ocuparía su lugar, mucho menos Sandra, la nueva pretendiente de su padre.

La caña que sostenía con ambas manos empieza a retorcerse, algo estaba mordiendo; indiferente, inspira el aire del bosque alzando el rostro con sus ojos cerrados, una leve brisa acaricia su frente y remueve su cabello, era una sensación agradable, pero no lo suficiente para hacerlo sonreír.

Estaría solo unos cuantos días en aquel apacible lugar, acompañado de su familia, su nueva familia; sabía que solo disfrutaría la estancia admirando la pureza alrededor. Era una cabaña pequeña, propiedad familiar de la novia de su padre, quien había sido su secretaria durante un largo tiempo y había conocido a su madre. Giovanni pensaba que había sido su amante mientras ella vivía.

Sandra tenía dos hijos, ambos mayores que él, hijos de un fallido matrimonio en su juventud; ambos lo molestaban con sutiles burlas y una pretenciosa intimidación que este siempre ignoraba. No había objetado la relación repentina de su padre y su secretaria, pero le era incómodo. Odiaba verlo feliz cuando el moría por dentro, sobre todo cuando recordaba aquellos días en la playa, días en los que era cargado en sus hombros mientras su madre le acomodaba su gorra, en esos días reinaban las sonrisas en su infantil rostro, ¿Cómo podía su padre remplazar tan fácil y tan pronto a su madre?

—¡Gio! —se escuchó una voz a lo lejos, Sandra lo llamaba, había salido a buscarle al no encontrarlo en la cabaña. Este hace caso omiso al llamado y continúa observando el agua. Se da cuenta de que ya no había movimiento en la caña y saca el anzuelo para colocarle un nuevo pedazo de pan, lanza el mismo y limpia sus manos lodosas con su ropa. Segundos después, Sandra llega sentándose a su lado, este se mantiene rígido ante su presencia

—Hey —saludó—, ¿has estado aquí toda la mañana?

Giovanni solo la observa por encima de su hombro.

—Acaba de amanecer —respondió.

Sandra levanta las cejas al escuchar la respuesta y asiente con la cabeza, observa igualmente el agua.

—Cuando era niña —dijo—, pasaba horas en el agua, pero no me gustaba mojarme —Giovanni regresa la mirada con disgusto—, mi abuelo tenía un salvavidas enorme que amarraba a un poste de la orilla... creo que era una cámara de llanta, de las de su tractor... Estaba llena de parches... me metía al río encima de ella y nadaba hasta llegar a donde daba el lazo y me quedaba casi todo el día, mi abuelo se molestaba y me decía que no fuera tan ociosa, que hiciera algo de provecho porque si seguía así, se iba a deshacer del salvavidas... nunca le hice caso...—baja la mirada y juega con sus dedos en la tierra— extraño tanto aquellos días.

Giovanni expira sutilmente. Sandra lo admiraba sonriendo con melancolía, alarga su mano y acaricia su cabello, este, al sentirla, mueve su cabeza con disgusto.

—¿Qué tienes Gio? —cuestionó recogiendo su mano.

—Nada —respondió con un seco tono, esta entrecierra la mirada y regresa la vista hacia el agua.

—Recuerdo una vez —continuó—, estaba recostada sobre el salvavidas, estaba tan cómoda que me había quedado dormida, ya tenía como dos horas... el sol en mi cara no me importaba, era la única a la que le gustaba estar ahí, era mi lugar, mi espacio, solo que...—sonrió—, un día, el lazo se desamarró del poste y la corriente empezó a arrastrarme sin darme cuenta. Mi abuelo y mi padre estaban ocupados dándoles de comer a los animales, mi madre estaba con ellos y mis hermanos estaban jugando, nadie notó que me había zafado hasta que Sugey, una de mis hermanas, me vio alejarme. Le gritó a mi abuelo y a mi papá para que fueran por mí porque yo no despertaba —relató volviendo su mirada hacia Giovanni, quien escuchaba cada palabra sonriendo disimuladamente—, dicen que mi padre casi se cae cuando estaban corriendo y a mi abuelo casi le da un ataque, mis hermanos empezaron a gritarme pero no me despertaba, así que me siguieron por toda la orilla, mi mamá estaba desesperada, casi a punto de llorar. Mis hermanos se desgarraban las gargantas gritándome pero yo no los oía, seguía dormida. Ya habían corrido poco más de kilómetro y medio cuando topé con un tronco que estaba en medio del río, el golpe hizo que me despertara —exclamó riendo—, me asusté mucho cuando me levanté y no reconocí el lugar. Mi padre se metió al agua y me sacó jalando el lazo. Cuando estaba afuera mi madre me regañó porque los había asustado. No entendía porque habían hecho tanto drama —Giovanni observaba el agua ocultando su sonrisa, la cual Sandra había logrado ver—, después de eso le sacaron el aire al salvavidas y lo escondieron. Tenía como diez años, igual que tú, yo solo me reí cuando me contaron lo que había pasado, no le tomé importancia. Cuando eres niño debes de disfrutar las cosas así, las preocupaciones vienen después —finalizó observándolo, la sonrisa de Giovanni había desaparecido—, ven. Vamos a desayunar.

Esta se levanta sacudiendo la tierra de su pantalón mientras Giovanni, con una paciente lentitud, clava la caña en la orilla.

—No tengo hambre.

Sandra niega decepcionada.

—Por favor Gio. Después de que desayunes te regresas, hazlo por tu papá.

Este le da una fugaz mirada y se levanta resignado. Camina detrás a paso lento, aunque lo deseaba, no quería caminar a su lado.

La cabaña estaba hecha solamente de madera, era un lugar alejado de todo, era la única en los alrededores. Antes había sido el rancho del abuelo de Sandra. Ahí se habían criado diversos animales: vacas, cerdos, gallinas, caballos y demás, ahora solo había unos cuantos cercos envejecidos y caídos. Era un lugar limpio, pero se veía claramente que el pasar de los años y la soledad habían acabado con la vida y la esencia que alguna vez tuvo, era un lugar nostálgico. Los hermanos de Sandra eran tres, dos hombres, uno mayor que ella y otro menor, y una mujer, Sugey, quien era la menor de todos. Sus hermanos no eran muy cercanos, pero cada año se veían en la casa de su padre para celebrar navidad. La cabaña era de todos y de nadie, el abuelo se la había heredado a sus nietos, para que la disfrutaran cuando quisieran, nadie la quería reclamar como suya aunque todos la deseaban igual, esta ocasión le tocaba a Sandra. Eran pocas las personas que visitaban el lugar, algunas familias acampaban en las cercanías, uno que otro par de jóvenes llegaban a la zona para compartir su amor. Pero en general, era un lugar solitario.

Al llegar a la entrada, Sandra abre la puerta y acomoda una maceta sin flores de tal forma que la sostenga y no se cierre, camina hasta la cocina. En la sala estaban los hermanastros de Giovanni, eran dos delgados muchachitos que pasaban gran parte del día discutiendo y jugando a las luchas entre sí. Samuel era el nombre de uno, tenía doce años de edad, atlético, gustaba del fútbol y la vagancia diaria, su desempeño escolar no era muy bueno pero nunca reprobaba, no le interesaba tener las mejores calificaciones, sola-

mente le interesaba el deporte y mantenerse saludable; el otro era Santiago, un año menor que Giovanni, a diferencia de su hermano, mantenía sus calificaciones excelentes, siempre leía a través de sus pequeños lentes graduados, ambos diferentes, lo único en común era su afición por molestarlo.

Giovanni entra a la casa sin siquiera verlos.

—Menso —gritó Samuel en voz baja mientras jugaba con su videojuego portátil, Giovanni sigue su camino a su cuarto, el cual estaba en un segundo piso, no era un habitación para dormir, era donde solían guardar las cosas del rancho; almacenaban igualmente sacos de fertilizante natural, comida para gallinas y heno de alfalfa para los caballos, había un leve olor a pasado en aquel cuarto frío y oscuro, los diferentes aromas naturales había dejado un perfume cuya esencia no era muy fina, pero no molestaba a Giovanni, disfrutaba el aroma, cerraba sus ojos y se imaginaba montado a caballo en compañía de su madre. Había una ventana que permitía la entrada limitada de luz, con vista al río, bajo la ventana había varias pajas secas, siempre las miraba deseando arrojar un cerillo y verlas arder.

Antes de limpiar el cuarto, una vieja poltrona de madera gruesa y tallada había estado aparcada frente a esta ventana, Giovanni imaginaba al abuelo de Sandra pasar sus últimos días admirando el apacible ambiente del correr del agua.

Ahora el cuarto estaba limpio, había una cama de sábanas blancas, un buró de madera en cada lado de la misma, un clóset diminuto que pocas veces se usaba y una alfombra vieja en el suelo, era redonda, de opacos colores, resaltaban el guinda y el amarillo, tenía en todo su diámetro lo que simulaban varas entrelazadas y hojas, algunas color verde algunas color amarillo; en el centro había una forma que Giovanni no podía descifrar, parecía ser una flor pero no era como las que conocía, sin embargo, le parecía una hermosa pieza, rara pero sin duda hermosa, un trabajo que nadie se atrevía a sacar de la cabaña. Siempre daba la vuelta para no pisarla, aunque estaba envejecido y lentamente, insectos como la polilla lo devora-

ban, sentía que era una falta de respeto mancharlo con el lodo de su moderno calzado.

Aún mantenía su ropa en su maleta negra, saca de la misma unos audífonos con un maltratado reproductor de música. Sale del cuarto no sin antes cerrarlo con llave, la cual guardaba en un collar de tela que solo se quitaba para bañarse, cada cuarto tenía su llave, Giovanni era el único que la usaba. Baja hasta la cocina para tomar un vaso de agua.

Su padre, un abogado calvo con una barba que le hacía verse mucho mayor, se mantenía serio observando los platos que eran acomodados, su nombre era Joel. Sus hermanastros se habían sentado juntos al lado de la mesa, ambos jugaban entre sí golpeándose y riéndose.

—Compórtense —indicó Sandra—, aquí está el desayuno —señaló acercándoles el plato a cada uno.

—¿Y el agua? —cuestionó Joel observando a todos lados de la mesa como si el agua se hubiera escondido.

—Ya la traigo —respondió.

—Traes la salsa y la sal también —agregó.

Giovanni observaba aquella escena con una confusa molestia, Sandra le desagradaba pero no le gustaba que su padre la menospreciara, aun a su corta edad sabía que no era justo para ella lidiar con los problemas de ambos.

Este llega a la cocina para tomar un vaso de agua, Sandra pasa a su lado brindándole una amable sonrisa.

—Ven, vamos a desayunar —invitó sacando una jarra de agua sabor piña del refrigerador.

—Ya voy —señaló Giovanni al finalizar el agua. Lava el vaso y lo coloca en el destilador. Se dirige a la mesa y se sienta lo más alejado que puede de sus hermanastros, su padre le da una fugaz mirada a través de sus lentes. El desayuno consistía de un par de huevos revueltos con tomate y chile morrón, frijoles pintos, aguacate, tortillas de maíz y el jugo de piña.

—Y bien ¿quién va a dar las gracias? —cuestionó Sandra con una sonrisa mientras observa a todos sobre la mesa.

—Déjate de tonterías y come —señaló Joel rompiendo un pedazo de tortilla.

—Gracias te damos Dios... —exclamó Giovanni cerrando los ojos—, ...por los alimentos que vamos a recibir y bendícelos con tu amor y bendice también... —abre los ojos y vuelve su rostro hacia sus hermanastros al igual que a Sandra—, ...a esta familia.

Vuelve su rostro hacia su comida y clava la cuchara sobre los huevos. Joel exhala y continua con su alimento, Sandra solo emite un leve suspiro.

Cerca del lugar, en el poblado más cercano, el cuál era igual de rústico que la cabaña, un automóvil color oscuro aparcaba al lado de una tienda, en su interior se encontraban tres sujetos.

Un hombre de edad madura y complexión gruesa, de facciones duras y cabello corto, manejaba mientras se fumaba un cigarrillo, sus oscuros lentes estaban maquillados con el diminuto polvo de la región.

—Es un pueblo silencioso —señaló un sujeto de mayor edad, en su cabello figuraban algunas canas y las arrugas ya formaban parte de su rostro, vestía más elegante que los otros dos, Alonso era su nombre. En la parte trasera había un joven de ropas holgadas, portaba una gorra maltratada y unos modernos lentes de sol.

Sandra había empezado a disfrutar del desayuno cuando vuelve su cabeza hacia Giovanni y le sonrío, este le contesta la sonrisa a medias y vuelve su cabeza al plato, la comida estaba intacta, había comido solo un par de trozos de tortilla y había dado unos cuantos sorbos de su jugo.

—Mañana voy a ir a la gasolinera, no creo que el combustible de la planta nos alcance para los días que vamos a estar aquí —señaló Joel.

—No creo que le haga falta, hace pocos días estuvo mi hermano aquí.

—Mejor prevenir, además voy a comprar otras cosas, para entretenerme, no hay mucho que hacer.

Sandra agacha la mirada masticando más lento. El par de hermanos observaban a Giovanni con burla, el mayor, disimuladamente, lanza un trozo de tortilla hacia el plato de este, quién da un pequeño salto, bajan la mirada riendo con disimulo. Giovanni solo toma el trozo con la parte trasera, lo deja encima de una servilleta y limpia su cuchara.

—Debemos planear las cosas que vamos a comprar para la casa, las cosas que nos hacen falta —sugirió Sandra.

—¿Qué casa? —cuestionó Joel.

—La casa, nuestra casa.

—De eso no te preocupes, ya está arreglado.

—¿Ya? Pero íbamos a escoger las cosas juntos.

Un nuevo trozo de tortilla cae al plato de Giovanni, vuelve su mirada hacia sus hermanastros topándose con la mirada desafiante de Samuel. Mueve nuevamente el trozo de tortilla dejándolo encima del otro.

—No había nada que escoger juntos, no eran más que cosas de la casa, baños, pisos, ventanas y cosas así, ya que compremos los muebles los puedes escoger tú —señaló Joel dando un sorbo a su bebida. Giovanni siente un leve golpe en su pierna derecha, Santiago lo observa sin disimular haberlo golpeado.

—Si me golpeas otra vez aliento de mierda, te arrojó la comida a la cara —exclamó Giovanni. Su padre de inmediato voltea hacia este extrañado.

—¿Qué dijiste? —cuestionó frunciendo el ceño.

—Gio —exclamó Sandra observándolo extrañada.

—Ten cuidado con lo que dices, no seas grosero... pónganse a comer en paz, ¿qué no pueden llevarse bien? —señaló Joel.

Giovanni continúa picando la comida con gestos de incomformidad. Se encoge de hombros expresando poca importancia ante el regaño, mientras en su pierna siente nuevamente leves golpes, deja la cuchara y se reacomoda en la silla tomando el vaso de jugo para darle un sorbo, en eso, siente un gran golpe en su espinilla izquierda, ahoga el dolor cerrando los ojos al tiempo que deja el

vaso sobre la mesa, toma su plato lentamente, se acomoda en su silla y lo lanza con fuerza hacia Santiago, quien recibe el trasto directo en su rostro, la comida cae en su ropa salpicando igualmente a Samuel.

—¡Giovanni! —exclamó Sandra.

—¡Hijo de tu...! —Samuel se levanta hacia Giovanni con rapidez, pero Joel se interpone en el camino levantándose de prisa, esta lo detiene con sus brazos.

—Hey, hey, hey, ya cálmense, cálmense.

Sandra calma a Santiago mientras le quita de su ropa los restos de comida, este intentaba ahogar el llanto que le provocaba el golpe recibido.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió entre dientes.

—Ven, vamos a buscarte ropa para que te cambies.

—Tú te vas a tu cuarto —señaló Joel a Giovanni.

—Pero... —renegó.

—¡A la de ya! —apuntó hacia las escaleras. Giovanni se levanta molesto.

—De esta no te escapas menso —retó Samuel con enojo.

Este ignora el comentario y sube hasta llegar a su cuarto, lo cierra con seguro y se planta en la cama colocándose sus audífonos, sube todo el volumen mientras observa el techo, el cual se veía lleno de arañas y polvo.

—¿Quién los necesita? —exclamó.

Sandra sale del cuarto en el que había dejado a Santiago y se sienta de nuevo pasando su mano por su frente.

—Deberías tener una mano más dura con tu hijo —señaló Joel.

—¿Yo? ¿Estás seguro de que yo soy la que debe educar?

—Santiago fue el que empezó —Samuel lanza una mirada a Joel.

En ese momento alguien toca a su puerta, extrañados, se ven entre sí.

—¿Quién será? —exclamó Sandra extrañada.

—Y yo que voy a saber —respondió.

El golpe suena por segunda vez, Sandra se levanta para abrir mientras Joel continúa desayunando. La puerta se abre descubriendo a Alonso, quien se mantenía estático observando a Sandra.

—¿Sí? ¿Qué se les ofrece?

Sin responder, se introducen a la casa haciendo retroceder a quien los había recibido. Joel, se levanta de inmediato con el rostro sorprendido.

—Espero no interrumpir —exclamó.

—Alonso ¿qué haces aquí? —cuestionó Joel.

—¿Qué hago aquí? Tú dime qué hago aquí. Tú dime... ¿por qué tuvimos que manejar más de cuatro horas para llegar hasta donde tú estabas? —respondió el intruso, sus acompañantes mantenían rígidos detrás de este observando alrededor.

—Teníamos un acuerdo —señaló Joel.

—¿Acuerdo? No es un acuerdo cuando solo tienes que obedecer, a eso se le llama orden. Pero creo que eso es muy complicado de entender, ¿no es así?

—¿Qué está pasando Joel? —cuestionó Sandra nerviosa.

—Nada —respondió este seriamente.

—¿Ella es tu novia? ¿Tu nueva novia? —preguntó Alonso admirándola de pies a cabeza—, nada mal, nada mal.

—Déjame explicarte lo que pasó... —señaló Joel con nerviosismo.

—No, no quiero explicaciones —interrumpió alardeando con las manos—, ya sabes a qué vine.

Joel pasa saliva con incomodidad, el pánico empezaba a apoderarse de él.

—No lo tengo aquí.

—Pues... eso es no es bueno, nada bueno —señaló Alonso al tiempo que acerca una silla y se sienta—, ¿dónde está?

—Martín Sosa, él tiene lo que buscas.

—¿De qué están hablando? —cuestionó Sandra intrigada.

—Tú no te metas —señaló Joel alterado.

—No deberías hablarle así a tu futura esposa Joel, no es de hombres tratar mal a las mujeres ¿o quieres que te deje igual que tu ex? Oh, perdón, se me había olvidado que se murió, o tal vez solo prefirió morir a tener que soportarte... y... Sosa, bueno pues, el ya no está con nosotros para confirmarlo.

—¿Quiénes son ellos Joel? —interrumpió de nuevo Sandra.

—¡Qué te calles!

Alonso vuelve su rostro extrañado y con el ceño fruncido hacia Joel.

—Te sientes muy hombre gritándole a las mujeres ¿no es así? —Joel mantiene la mirada sobre este—, ¿quiere saber quién soy señora? —cuestionó volviendo su cabeza, esta se mantiene en silencio—, mi nombre es Alonso, y soy un viejo amigo de su esposo... Bueno, su novio, no lo sé, soy también alguien, digamos... dedicado a los negocios, un empresario por así decirlo, y este imbécil —señalando a Joel—, junto con otro imbécil, hicieron un negocio que no debían, y hemos venido exclusivamente a que se nos explique qué pasó.

—Las cosas no son como crees —exclamó Joel.

—No me importa cómo fueron las cosas... —Santiago sale del cuarto contiguo con una nueva vestimenta, Alonso lo observa silenciándose unos segundos—, hey. Tú debes de ser el menor ¿no? —cuestionó.

Santiago, al ver que todos se mantienen de pie con una tensa actitud, queda en silencio, su hermano era el único que se mantenía en la silla aún con su cuchara en su mano.

—Sí señor —respondió.

—¿Señor? No, no me digas así, me haces sentir viejo, tu no crees que soy viejo ¿o sí?. Ven acá —llamó este alargando sus manos, Santiago voltea a ver a su madre, quien con su rostro le expresa que no haga caso y se retire. Sin embargo, caminando con lentitud, llega hasta el extraño. Este hace que se siente en su pierna—, no me digas señor, se escucha muy feo, mejor dime tío, soy tu tío Alonso... ¿está bien?

—Está bien se... Tío.

—Ya ves, así es diferente. Eres un niño inteligente ¿no?

—Él no tiene nada que ver —señaló Joel con una menuda voz. Alonso observa a Santiago fijamente.

—No te pareces a tu madre...

El temblor en las manos de Sandra iba en aumento.

—Me tengo que ir señor —interrumpió Santiago intentando bajarse de las piernas del sujeto.

—No —señaló seriamente tomándolo del brazo—, te vas a quedar aquí muchacho, no vas a ir a ningún lado y te dije que no me dijeras señor.

Este se levanta del asiento y hace que Santiago ocupe su lugar.

—Vamos afuera Joel —señaló para después salir de la casa, solamente el sujeto de lentes sale con él.

Alonso se detiene en la puerta y saca un cigarrillo, este vuelve su cabeza a Joel, quien se mantenía inmóvil.

—No tengo todo el día.

Joel le acompaña resignado, con su mirada fija en el suelo. Acababa de prender su cigarrillo con un encendedor plateado que tenía una silueta de mujer en dorado. Al salir, saca un arma automática que sostenía en su cintura y caminan hasta la solitaria calle de la entrada.

—Ven acá —señaló.

—Eso no es necesario... —Alonso lanza una fría mirada a Joel.

—No te lo voy a repetir.

Este se acerca alzando sus manos. Al llegar, le toma de la camisa y le obliga a quedar en cuclillas frente a su casa, acerca el arma a su sien mientras Joel cierra sus ojos, su cuerpo temblaba por completo.

—¿Qué estaban pensando? ¿Eh?

—Perdóname Alonso. Por favor —suplicó soltando un par de lágrimas.

—No puedo Joel... mi trabajo no es perdonar, y eso tú lo sabes, y no es por lo que te robaste —le hace una seña al sujeto, quien

saca su arma y se introduce a la cabaña, Alonso baja su cabeza hasta el oído de Joel y susurra—, esto te va a encantar.

Después de unos segundos de silencio, en el interior de la cabaña se dejan escuchar disparos y los gritos de Sandra y los niños, Joel se levanta con rapidez pero recibe un certero golpe en la cabeza con la culata del arma, Alonso tira su cigarrillo mientras Joel cae al suelo aturdido este coloca su rodilla encima tomándolo del cuello.

—¿Cómo creías que iba a acabar esto? ¿Eh imbécil? —cuestionó, el grito ahogado de Joel y las lágrimas que recorren su mejilla hacen sonreír con orgullo a Alonso. Giovanni, quien se mantenía aun con los ojos hacia el techo.

—¡Dispárales! ¡Como si fueran perros con rabia! —exclamó uno de los sujetos, Sandra yacía en el suelo bocabajo, un charco de sangre rodeaba su cabeza, mantenía sus ojos aún abiertos.

Giovanni escucha un disparo. Intrigado, se levanta con sus audífonos puestos arrastrando consigo el aparato, el cual queda al borde de la cama, quita el seguro de la puerta y sale, asoma su cabeza un poco y logra ver justo cuando disparaban sus armas contra sus hermanastros. Queda inmóvil durante unos segundos, la macabra escena le impide moverse, el reproductor lentamente se desliza por el borde hasta caer, Giovanni reacciona ante el ruido al igual que uno de los intrusos, quien alza la cabeza, ambos cruzan miradas unos segundos, Giovanni regresa a su cuarto y lo asegura, sale por la ventana y se lanza a las viejas pajas de heno que había debajo; solo amortiguan el golpe un poco ya que este cae aparatosamente, se levanta con rapidez y continua la huida. Se derriba la puerta de un golpe y entra al cuarto vacío, el temerario sujeto recorre la habitación con la mirada hasta topar con la ventana abierta, asoma su cabeza y maldice entre dientes al ver a Giovanni alejarse, regresa y sale por la puerta. Los gritos solo duran unos segundos, al igual que los disparos, Joel lloraba fuertemente, maldecía mientras se retorció en el suelo intentando zafarse, el golpe que había recibido le había hecho una herida en su cabeza, la sangre brotaba

y le recorría el rostro mezclándose con sus lágrimas y la tierra, Alonso lo suelta y se levanta despacio mientras apunta directo a su cabeza. Lo observa durante unos segundos y dispara un par de veces. Este deja el arma apuntando unos instantes y observa sus zapatos manchados de sangre.

—...Mierda —guarda su pistola de nuevo y saca un nuevo cigarrillo, un sujeto sale de la cabaña cubierto en sangre cargando su humeante pistola en la mano.

—Listo —exclamó con orgullo.

—Ya sabes qué hacer —indicó lanzándole su encendedor—, yo voy a ir a limpiar mis zapatos. El sujeto se dirige al auto, y de la cajuela saca un par de botes con gasolina, los toma y los lleva con dificultad a la cabaña. Sale de nuevo y toma a Joel de las piernas arrastrándolo hasta el interior.

Aunque Giovanni no estaba tan alejado, el sujeto que le seguía se detiene y lo observa alejarse, lo mira fríamente y alza su pistola mientras respira con dificultad. Apuntando fijamente, dispara pero falla, mueve un poco la pistola tomándola con más fuerza, lo observa correr desesperado, el graznido de un águila resuena en lo alto y desvía su atención, mueve su cabeza y dispara de nuevo, esta vez acierta, Giovanni cae al suelo entre la maleza.

Las gotas de sudor recorren su rostro y regresa a la cabaña corriendo con lentitud. En la cual los cuerpos eran rociados con el último bote de gasolina.

—¿A dónde fuiste? —cuestionó al tiempo que dejaba el galón en el suelo.

Camina hacia la puerta principal.

—A cazar —respondió respirando con dificultad, sale por la puerta frontal mientras su compañero acciona el encendedor dorado y camina hacia atrás, lo lanza iniciando una gran llamarada sobre los cuerpos, este sonrío y sale del lugar.

El fuego se propaga envolviendo toda la casa en solo unos segundos.